

La verdadera tragedia

Han pasado 2 años desde lo que todos llamamos ahora, con cierto tono de despreocupación, "la tragedia". Algunos de nosotros recordamos aún con claridad lo que ocurrió, quizá porque vivimos y palpamos la dura situación que se vivió durante más de un mes en diciembre de 1999 en la mayor parte del litoral central. Vargas se convirtió en sinónimo de desastre.

Sin embargo, este ha sido un punto a favor de aquellos que opinan que los venezolanos no tenemos memoria. Difícilmente nos arrepentimos: la memoria no nos permite -o es que en realidad no queremos- siquiera recordar lo que hicimos. Pero nunca nos faltarán energías para quejarnos: como diría lo que se ha convertido en un lugar común, somos hábiles haciendo diagnósticos. Y nuestro diagnóstico sigue siendo de pronóstico reservado. Todo está muy mal, eso es seguro.

Y si no, pregúntele a quienes se apostaron a las puertas de la Casa Guipuzcoana, sede de la Gobernación del Estado Vargas, con una huelga de hambre que duró varios días porque se sentían abandonados por un Estado al que el desastre le quedó demasiado grande. O al grupo de familias que detuvo el tránsito frente a la Casona para exigir atención inmediata, luego de su traslado a algún urbanismo perdido en el Estado Guárico.

Desde antes de la tragedia, ya los venezolanos habíamos demostrado que nos cuesta diseñar, y sobre todo aplicar, un programa coherente de políticas sociales que ayudaran a solventar en alguna medida las inequidades extremas que existen en nuestra sociedad. Y Vargas no fue la excepción.

La tragedia fue mucho, quizá demasiado, para un país cuyo descalabro económico y social ya es, desde hace





varios años –o décadas– un problema estructural. El dinero de la reconstrucción llega con cuentagotas. En septiembre, la recién creada CorpoVargas recibió 40 millardos de bolívares, con los que se espera culminar el embaulamiento de los principales ríos de la región, los cuales, con cada llovizna, amenazan con repetir la acción destructiva de ese diciembre.

Mientras tanto, el Gobernador del Estado, Antonio Rodríguez San Juan, enumera una serie de logros alcanzados, entre los que destacan la recuperación del sistema ambulatorio, vial y sanitario, la reconstrucción de algunas escuelas, y la incorporación de estos niños a los programas de Alimentación Escolar. Ahora, está siendo investigado por represar recursos que debieron ser utilizados para la recuperación del Estado.

Además, la falta de proyectos concretos no ha permitido acceder y hacer uso de los recursos ofrecidos por gobiernos amigos, los cuales, desde el primer momento, ofrecieron su apoyo irrestricto para encaminar el proceso de reconstrucción.

Sería una irresponsabilidad decir que en Vargas todo sigue igual. Todavía hay personas que no han bajado a La Guaira porque no les gustaría ver los estragos causados por los torrentes de barro y piedras que arrasaron con buena parte de Los Corales, Tanagua- renas, Carmen de Uria... Los que estuvimos allí, y ahora visitamos la zona, sabemos que algo ha cambiado desde ese diciembre.

La verdadera tragedia es que estos cambios parecen responder a una política de “paños calientes”: no responden a un plan programado que permita la recuperación sistemática de los distintos sectores del Litoral, y los esfuerzos para diseñar estos planes son vistos como una utopía. Los venezolanos perdimos la esperanza de vernos crecer, de levantarnos luego del desastre, y si existe una oportunidad, la vislumbramos a muy largo plazo.

La verdadera tragedia es que la brújula dejó de marcar un norte posible, y que a los venezolanos poco nos preocupa que no tengamos un mapa con el que guiarnos. Los varguenses regresan a Carmen de Uria, a pesar de que por todas partes se respira tragedia. De alguna casa que se mantuvo en pie suena música, intentando revivir el paisaje. Al lado, una casa en la que el lodo entró sin piedad, tiene en el centro de su sala una cruz de madera: los familiares de las personas que la habitaban se consuelan pensando que allí están sus deudos, en algún lugar que no será removido jamás.

Han pasado, entonces, dos años de lo que insistimos en llamar “tragedia”. Todavía quedan algunas madres buscando a hijos perdidos, que alguna vez aparecieron en listas oficiales de rescatados, en refugios improvisados, y que luego, como por arte de magia, desaparecieron. Algún afiche con las fotos de los extraviados todavía queda, descolorido, en la oficina de un banco que olvidó quitarlo.

Mientras tanto, siguen apareciendo niños en las ventanas de nuestros carros, durmiendo en las aceras sobre algún trozo de cartón viejo, escarbando en las bolsas de basura del café del bulevar, malviviendo: la calle es su amiga, y como buena amiga, difícilmente le hará daño.

Son casi 300 personas las que no aparecen. Son cerca de 300 los cadáveres que están, con un número, en una fosa común del Cementerio General del Sur, y no hay recursos para identificarlos.

Más de 700 días han pasado desde que mi amiga Carmen perdió a sus tres hijos. Sin saber dónde están, qué comieron. Será otra Navidad sin Celita, Celimar o Jesús Tadeo. Sólo espero –si Dios lo quiso así–, que ellos hayan podido, como Panchito Mandefuá, comerse su pan de jamón con el Niño Jesús.

JOREB HENRÍQUEZ
COMUNICADOR SOCIAL.

La verdadera tragedia es que la brújula dejó de marcar un norte posible, y que a los venezolanos poco nos preocupa que no tengamos un mapa con el que guiarnos.